

Editorial

El envejecimiento

Francisco Álvarez Rodríguez

Quizás no esté lejos el día en que el proceso de envejecer, especialmente desde el punto de vista biofísico, sea definitivamente controlado y detenido. Hay quien pronostica (y en otras previsiones ha acertado) que esto ocurrirá en el 2050. Dará así comienzo una nueva etapa de la historia: la inmortalidad en el tiempo. ¿Nueva para quién? No ciertamente para quienes, también entonces, estarán fuera de la lista, en los márgenes, en el revés del mundo. ¿Definitiva? Si lo fuere, no atajará ni pondrá remedio al así llamado "mal de vivir", ni curará las "heridas antropológicas". Sí, las del amor, de la vida y de la muerte.

Aparte ciertas ventajas, que muchos saludarán con gran regocijo, esa prolongación indefinida de la vida no hará sino poner en evidencia la incuestionable originalidad de la condición humana. Ante todo, el sueño utópico (que quizás ande oculto pero activo en el subconsciente colectivo) de la victoria sobre la muerte resultará más pesadilla que ahora. Falseará lo más hermoso y definitivo de nuestro paso por el mundo: el compromiso de la libertad, inexorablemente ligada al tiempo (breve) y a las incertidumbres del vivir. Será posible morir sin arrugas en la cara. Pero no se eliminará el virus de la muerte. Seguramente más tarde que temprano, esa lista interminable de patologías que nos acechan, y otras que surgirán, darán al traste con esa vana pretensión. Morir de anciano o morir de aburrimiento, coronar la existencia en la apretura del tiempo -que sabe a más regalo- o vagar sin sentido por años y años sin contenido y sentido... Hoy por hoy no parece difícil escoger.

El empeño -que parece prometeico- de prolongar nuestra existencia no es de ahora. Está inscrito en nuestros genes antropológicos. La vida se afirma "luchando" contra la muerte e integrándola en la vida, de forma activa. Un equilibrio difícil. Hoy más que en otros tiempos.

De hecho, las "victorias" de la ciencia son parciales y provisionales. Queda siempre la tarea última a nuestro cargo. Se alarga el tiempo sano/saludable de la vida, se retrasa la aparición de las patologías y/o del consiguiente deterioro físico, se encuentran nuevas oportunidades para envejecer activamente... Sin embargo, el envejecimiento seguirá siendo también una experiencia íntima y personal, que reclama libertad y sentido, construida y modulada sobre valores y actitudes.

Envejecer saludablemente, es decir, humanamente, comporta, entre otras cosas, un retorno al yo interior. A una nueva apropiación de la propia existencia, del propio cuerpo. En muchos casos, una recuperación, por tanto, de la auto-consciencia y de la lucidez, de la capacidad de responder a las preguntas tal vez adormecidas o aparcadas. Comporta, pues, un cierto ejercicio (facilitado por la práctica) de introspección e interiorización, de meditación.